

# Homero Cuevas: una reminiscencia

Mauricio Pérez Salazar\*

En un homenaje póstumo, el hijo de Homero, Juan Carlos, dijo algo muy cierto: “Hubo muchos Homeros, y cada uno de sus allegados conoció apenas uno de ellos”. Homero era un amigo insuperable, pero también era muy celoso de su privacidad. Lo que sigue es un recuerdo parcial del que yo tuve el privilegio de tratar.

Nuestro primer contacto fue a finales de la década de los setenta. Nos unía el hecho de pertenecer, de maneras distintas, al círculo del profesor Luchin Currie, tal vez el más grande de los economistas colombianos del siglo pasado. Homero era muy cercano al “profe” Currie (como le decíamos con afecto) y fue su asistente de investigación y asociado en proyectos de consultoría. Yo era un joven funcionario de Planeación Nacional, donde el “profe” tenía una oficina. Asistía a sus charlas y por encargo suyo hice tal cual traducción.

Durante los años siguientes, Homero y yo nos vimos esporádicamente, por

lo general, en almuerzos bien regados con vino. No sabía mucho de él, salvo que era un destacado profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional y que había sido decano de esta a temprana edad. Nuestra amistad se consolidó en uno de esos almuerzos, en 1990. Me habían invitado a asumir el cargo de decano de la Facultad de Economía del Externado y aproveché para pedirle consejos. Me dio uno, tal vez el más importante de los consejos que haya recibido en la vida: “Hay que crear comunidad académica”. Mientras vivió, Homero siempre fue generoso con sus apreciaciones sobre la mejor forma de hacerlo.

Homero fue un gran contertulio. Antes y después de clase, era normal encontrarse con él en la Facultad, en los pasillos y patios o en las cafeterías hablando con colegas y estudiantes. Los temas eran diversos —aspectos sutiles de teoría económica, lecturas recientes de los más variados autores, la actualidad (le encantaban los chismes políticos y sus juicios solían ser perspicaces) y el desarrollo de nuestras respectivas materias—. Tenía un

\* Decano de la Facultad de Economía de la Universidad Externado de Colombia.

gran sentido de humor y a veces se quejaba de que la gente –lectores o estudiantes– no entendía sus chistes. Era necesario, decía con cierta decepción, hacer escolios.

Con todo y chistes, tomaba sus responsabilidades como docente con absoluta seriedad. Su materia de toda la vida, que inspiró las sucesivas versiones de su manual, fue el primer curso de Introducción a la Economía. Sufría visiblemente si no lograba transmitir, a su satisfacción, su mensaje a los estudiantes primíparos. Era normal encontrarlo con cara larga porque alguna clase no le había salido tan bien como hubiera querido. De joven tuvo fama de ser profesor “cuchilla”. Pero en sus años maduros, la palabra que mejor describe su relación con sus pupilos era el cariño. Reservaba al final de su clase un espacio de diez minutos para que los estudiantes le pusieran el tema que fuera. Contaba que había llegado a esa materia por la malquerencia de algún decano de la Nacional. Como la Introducción a la Economía no era un curso popular entre los profesores, se la habían asignado a manera de castigo. Pero se enamoró de él, y literalmente miles de economistas colombianos hicieron su primera aproximación a la economía con sus clases o con su texto. Se enorgullecía de que su *Introducción* hubiera sido en cierta época el libro de economía más consultado en la Biblioteca Luis Ángel Arango.

A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, que tuvieron una trayectoria profesional variada, Homero aspiraba a ser académico puro. Hizo consultoría (era muy apreciado en el oficio), pero con desgano. Cuando se despidió de la actividad, me contó que fue una emancipación, porque, reservando el espacio sagrado de las clases y su preparación, le quitaba tiempo valiosísimo a la investigación. Tenía la firme convicción de que se podía hacer trabajo serio en la frontera del conocimiento en los dos campos que le apasionaron: la economía política clásica y la historia del pensamiento económico. Ello se basaba en la fe –para parafrasearlo–, que la gente veía con incredulidad la posibilidad de que un chibcha boyacense, desde las cimas de los Andes, pudiera hacer contribuciones significativas a la teoría económica. En sus años mozos fue marxista (mas no militante) y conocía y criticaba la obra de Marx mejor que cualquier colombiano. En su madurez migró hacia el liberalismo, como muchos de sus compañeros de generación. Su último programa de investigación, con ese enfoque, abordó la teoría económica del proceso político y del Estado, la teoría del Estado, la teoría de la empresa y el imperialismo (aunque le chocaba la palabra por las connotaciones derivadas de los debates ideológicos de su juventud).

A finales de 2012, Homero sufrió un derrame cerebral masivo que causó

su muerte tres semanas después. Dos días antes me dejó el manuscrito de su última obra, *El poder y el mercado en la economía internacional*. Llevaba seis años trabajando sobre el proyecto. Había cumplido. Cuando lo llevaban a la clínica, su primera preocupación fue la de asegurar que las notas de

las materias que había dictado ese semestre quedaran completas y se entregaran oportunamente para no perjudicar a los estudiantes. Cuando fuimos a visitarlo allí –su habla estaba entonces muy limitada–, la palabra con que nos saludaba era “amigo”. Es su mejor epitafio.